

Cortaron el pergamino en menudos trozos, y de ellos fueron armando el fondo ó cáliz de las flores de trapo y papel con que todos los años, en poética profusión, engalanaban la custodia.

Clara vió agruparse en torno suyo al resto de las mujeres de su familia. No sólo su primera compañera Inés, á quien tan tiernamente amó, y que habiendo fundado el convento de Florencia, siguió á Clara al sepulcro á pocos meses de distancia, — como si apagándose en este mundo el gran espíritu de la maestra en Cristo, faltase luz y calor al de la discípula (10), — sino que también Beatriz, hermana menor de Clara é Inés; Amata, su sobrina; Hortulana, madre de Clara; y Bona Guelfucci, la tía que la acompañaba cuando pronunció los votos en la Porciúncula, se acogieron á San Damián bajo el báculo de Clara, que vino así á mandar sobre sus mayores, ejerciendo el derecho de primogenitura ante el Señor. Amata era una hermosa mocita, dada á galas, niñerías y afeites, que á las fervorosas exhortaciones de Clara trocó lisonjas y halagos del mundo por tosco hábito y desasimiento de toda vanidad. Bona llegó, bajo el nombre de *Pacífica*, á superiora y reformadora de una comunidad de Clarisas: y faltando á ésta en el interior de sus muros agua potable, á las oraciones de *Pacífica* acudió blanca y gallarda cierva, que hiriendo el suelo con la ligera pezuña, hizo brotar dentro de la clausura un caño de agua cristalina y fresquísima, conocido después por *fuente de los milagros*. Entre las primeras hermanas de Clara interesa, por su candorosa discreción, Inés de Opórtulo, la monja de viva fantasía, que no pudo oír un sermón en que hipotéticamente era puesta en tela de juicio la venida de Jesucristo al mundo, sin hallarse asaltada de congojosas dudas que la trajeron

á mal traer, hasta que durante el silencio de la noche oyó resonar en su corazón la voz de Jesucristo mismo, que con acento de tierna queja le decía: — « Inés, ¿no andas buscándome? pues en ti estoy. » — En el vergel de San Damián florecieron Francisca de Asís, la extática, que al mirar la hostia consagrada no veía sino un lindo niño; y Benvenuta, la que junto al lecho de muerte de Clara divisó á la Emperatriz del paraíso con su comitiva de cándidas doncellas resplandecientes de gloria.

Poseídas de amor por la pobreza santa, dejaban las reinas y princesas la púrpura y los roedores cuidados que la acompañan, para cumplir, con pies descalzos y alegre espíritu, la peregrinación por este valle. En vida de Clara acudieron ya á su Orden hartas palomas de nido real. Margarita, esposa, é Isabel, hermana de san Luis (11), que rompió los desposorios tratados con Conrado de Alemania, por abrazar la cruz de Cristo; Inés, hija de los reyes de Bohemia, criatura singular que en los primeros meses de su vida se extendía en cruz en la cuna, cuya adolescencia transcurrió en una amena mansión campestre, en que rodeada de sus compañeras, saciaba en la melancólica poesía de la naturaleza las ansias tempranas de un alma contemplativa; que llegada al estío lozano de su maravillosa belleza, desechó los opulentos presentes nupciales que le brindaban á porfía Enrique de Inglaterra y el emperador Federico II, para aceptar con júbilo inexplicable un velo tosco, una escudilla y un vaso groseros, que desde Italia le enviaba Clara como en arras de las bodas con la Pobreza (12); Elena, hija de Alfonso, rey de Portugal, cuya fe viva hizo en mitad del invierno cubrirse un cerezo con frutos de escarlata; las dos infantas de Castilla, que fundaron

el convento de Clarisas de Toledo, cuyas abadesas se transmitían el privilegio caballeresco de guardar de noche las llaves de la ciudad; y, finalmente, aquellas dos cuñadas, flores de nieve abiertas al hálito de los cierzos del Norte: Salomea y Cunegunda, esposas amantes ambas, y ambas enterradas con la palma de su inmarchita virginidad. Salomea, estudiosa y docta, casó con el hijo del rey de Hungría, y tuvo el dolor de ver perecer, quizá á impulsos de traidora ponzoña, á un esposo digno y perfecto. Cunegunda, que nació rezando la salutación angélica, halló un alma gémela de la suya en su marido Boleslao, llamado el *Púdico*. Enseñábanse en Polonia con devoción y ternura las huellas que al huir de los tártaros dejó en la peña el pie de esta beata, que fué á la vez una gran reina; las minas de sal que descubrió y puso en explotación para prosperidad de su pueblo; y su estatua, de madera tallada, que se conserva en su convento, y tiene en una mano un pomo de cristal, emblema de pureza; estatua misteriosa y animada como la de Memnón, que al tocarla los labios de los devotos, parecía caliente y flexible como la carne viva, y mostraba encendidas las mejillas y brillantes los ojos al anunciarse un suceso dichoso para Polonia, y palidecía y se demacraba en vísperas de calamidades nacionales; bien, como si el espíritu del malaventurado pueblo polaco residiese en aquella imagen.

Donde quiera que se propagaron las Clarisas, nacieron mujeres extraordinarias. Al lado de Inés, en el convento de Monte-Cœli, que fundó en Florencia, vivió Clara de Ubaldino, que para atender á la voz que la llamaba á aquel asilo, hubo de contrariar el instinto más ciego y enérgico en la mujer, el amor maternal. Sucedió á Inés en la prelación, y cuando

años después de su muerte fué su cuerpo trasladado á otro convento más capaz, construido á expensas del cardenal Octaviano, se vió al venerable cadáver alzarse del ataúd, y sentándose en el alto sillón abacial, bendecir el concurso. Extraña vida también la del Job femenino, Elena de Padua. Tomó el hábito á los doce años de edad, y en lo más verde de su primavera fué visitada por raro y cruel achaque: quedóse muda, ciega, casi paralítica, sin tener más medio de comunicación con sus semejantes que un alfabeto de signos hechos con los dedos. En la oclusión de sus sentidos, en la quietud de su cuerpo, la baldada jovencilla veía interiormente, en mística perspectiva, el purgatorio, el cielo, los luminosos abismos de la Trinidad y las profundidades consoladoras de la gracia. Á los veintiocho años pasó de este mundo, dejando á Padua henchida de la fama de sus visiones y ardores.

Si no abundase más la mies que el espacio para contarla, no habría tarea preferible á la de ir ensartando, como perlas por un hilo tosco, tan preciosas vidas por estas páginas. No quedarán entonces sin extensa biografía Felipa Mareri, sabia monja dada á estudios bíblicos; ni Margarita Colona, docta en latinidad, á quien Jesús coronó de azucenas y puso en el dedo nupcial anillo, haciéndole tocar la llaga de la mano izquierda, y causándole tan violenta sacudida, que, dilatándose el corazón, se rompió el pecho de la beata virgen y brotó un reguero de sangre; ni Clara de Montefalco, en cuyo cuerpo se grabaron las meditaciones de su mente con signos visibles. Quisiera asimismo poder referir las dramáticas leyendas, impregnadas de religioso terror, de Constancia Florentina y de la *Borgoñona*. Mas el asunto es vasto,

y nombres insignes quedarán sin mención, que, si quiera de paso, la mereciesen.

No sólo en el siglo XIII, sino en los siguientes, dió fruto el árbol plantado por Clara. Si bien Urbano IV introdujo modificaciones en la primitiva regla de las Clarisas, y posteriormente Eugenio IV á su vez la mitigó, en el siglo XV fueron renovadas las austeridades y rigores primitivos, por una joven animosa, francesa de nación. Coleta sentía impulsos reveladores de que su vida tenía algún objeto importante. Comenzó por desear hallarse libre de su hermosura como de un estorbo, y en efecto, vió ajarse las rosas de su tez. Anduvo como desorientada, pasando de una congregación de Beguinas á la Orden Tercera, y de ésta fué á anclar en las Clarisas. Orando en su celda vió brotar á sus pies gentil arbusto, cargado de perfumados capullos y pomas. Cuantas veces lo arrancaba, otras tantas renacía, embalsamando el ambiente. Interpretando esta visión, sintióse llamada á enlazar al través de dos siglos su pensamiento con el de Clara, emprendiendo la restauración de la Orden. Aprobada la idea por el Papa, no conoció ya Coleta descanso, viajó noche y día, á pie, descalza, fundando, reformando, edificando con las limosnas recogidas hasta trescientas ochenta iglesias, perseguida por aviesos contradictores que la acusaban de hereje (13), confortada por la visita de san Vicente Ferrer, que desde España llegaba exprofeso para ver á la mujer insigne, dotada de las facultades organizadoras de un Ignacio de Loyola, y de la fuerza de voluntad que forma los héroes.

También en el siglo XV decoró el Orden de las Clarisas, con su pluma y con sus obras, una dama de honor de Margarita de Este, que á los catorce años

dejó voluntariamente el elegante fausto de la corte de Ferrara por la monástica austeridad. Catalina de Bolognia manejó con igual soltura el italiano y el latín, y compuso tratados ascéticos en la forma correcta y galana, que domina en los prosistas á mediados del *cinquecento*. Ya las brisas naturalistas del Renacimiento impulsaban el bajel de la literatura, cuando Catalina terminó su libro *De las siete armas espirituales* (14).

En las crónicas de la Orden Franciscana se refiere la vida de una mujer de carácter tan extraordinario, que si en el sexo femenino caben Tenorios, Clara de Agolancia realiza cumplidamente el tipo clásico del desaforado calvatrueno en quien un día se despierta la conciencia elevándole á santo. Clara es un carácter agigantado en los extravíos como en la penitencia; sin freno en el placer, en el arrepentimiento sin medida. Hija de unos nobles de Rimini, altiva y resuelta desde la niñez, casada á los doce años con un hijo de su madrastra, viuda á los quince, privada de su padre y de su hermano, que fueron muertos en las civiles discordias, quedó Clara dueña de sí, hermosa, con hacienda sobrante, con esfuerzo más que varonil, libre, osada, fiera, insaciable. Como potro á quien arrancan brida y freno, y dejan que suelto devore el espacio, así se halló la joven patricia, que fué bien presto asombro de Rimini, con sus aventuras. No dominaban y arrastraban tanto á Clara los galanteos, cuanto los ejercicios masculinos, á que se entregó con ímpetu. Cubierto su cuerpo airoso con el talabarte y las calzas de seda que usaban los mancebos nobles, ya amaestraba corceles indómitos haciéndolos caracolear con no vista destreza, ya en las selvas perseguía al ágil gamo ó alanceaba el colmilludo jabalí, ya

esgrimía las armas con puño de acero y músculos de atleta. No prodigaba complacencias al primer galán que acudiese en demanda de ellas : semejante siempre á los Mañaras y Tenorios, amaba con desmedido ardor, y cuando la hostigaban los celos, tomábase satisfacción cumplida á punta de daga, no en sus rivales, sino en el infiel mismo. Oíanse á veces gemidos lúgubres en la revuelta de alguna callejuela iluminada por moribundo farolillo de retablo, y se veía á un hombre revolcarse en charco rojo, y á los primeros rayos del alba huían espantadas las gentes timoratas de Rimini, murmurando quedo de Clara y de sus desatinados tratos. Hubo un hombre bastante resuelto y prendado para dar mano de esposo á Clara conociendo su historia, que Clara misma le refirió menudamente ; y si bien guardó incólume la fe conyugal, Clara prosiguió arrogante en su vida suelta y caballeresca, y tan desasida de todo pensamiento religioso, que al pasar ante la iglesia, en vez de signarse con la cruz al uso de la época, solía torcer la faz. Pero Cristo amaba mucho á aquella alma poderosa. Un día, á tiempo que Clara entraba casualmente en el templo, oyó que un crucifijo le decía : — « Clara, Clara, ¿no rezarás siquiera un Padrenuestro por mí ? » — Quedóse ella, á pesar de su intrepidez, como Saulo cuando fué precipitado de la montura por la claridad repentina. Hondo escalofrío corrió por sus venas, chocaron sus rodillas ; sobrecogida de estupor, salió sin darse cuenta de lo que experimentaba, y la fuente de las lágrimas, seca tanto tiempo hacía, manó por su rostro en refrigerantes ondas. Á poco la vió el pueblo recorrer calles y plazuelas, descalza, con un dogal al cuello, haciendo confesión á gritos de sus pecados. Los días de Jueves y Viernes Santo anduvo por Ri-

mini un penitente velado, atadas las manos á la espalda, coronado de espinas, empujado por tres hombres, que lo iban azotando con recias cuerdas, y que al llegar á la puerta de la basilica lo ataron á un pilar y prosiguieron con la flagelación hasta que se vieses pegados á la carne viva los guñapos sanguinolentos del velo. El penitente era Clara. Muerto su marido, profesó en un convento de la Orden Segunda. Allí vivió llevando al cuello una argolla de hierro, guarnecida interiormente con puntas, y otras semejantes en brazos y muslos, de peso de treinta libras ; trayendo á raíz del cuerpo una malla de acero ; durmiendo de pie, comiendo sapos y sabandijas asquerosas para castigar la gula, hiriéndose el pecho con un quijarro, mortificándose con una mordaza de hierro la lengua, hasta que enconada y tumefacta, se le saliese de la boca. Cuanto más se considera á la arrepentida de Rimini, más parece ver en ella representación cabal de los siglos medios : tiempos apasionados, guerreros, tempestuosos, pero pronto siempre á escuchar la voz de Cristo, á penar y morir por él ; nunca medianos ni mezquinos, sino vivaces, ricos y potentes, que rescataban culpas grandes con expiaciones tremendas y con actos sublimes.

España, que glorifica en sus anales literarios y científicos á la perla del Carmelo, debe á la Orden Franciscana eximias escritoras, cuyas obras honrarían á vigorosas inteligencias masculinas. En el primer puesto colocaré á la venerable sor María de Jesús de Agreda. Vivió tan insigne mujer en el siglo XVII, en la villita de Agreda, enclavada en la frontera de Castilla la Vieja, que linda con Aragón. Niña enfermiza, criada á la sombra de un hogar pobre, piadoso é hidalgo, redujéronse sus estudios á encender luces en un altar-

cillo chico, rezando allí fervorosamente. Doce años tendría, cuando su familia adoptó resolución singular. El padre con los dos hijos varones se entró en un convento de Franciscanos; la madre con las dos hijas transformó en claustro su propia casa, adoptando el instituto de las Concepcionistas. Así María de Jesús pudo colocar su celda en el propio aposento en que quizás se meciera su cuna. El escaso plantel del monasterio de Agreda se multiplicó, y María de Jesús vino á ser, andando el tiempo, su abadesa. La fama de su vida pura y angélica llenaba aquellos contornos, trascendiendo hasta la Corte. Felipe IV, yendo de jornada para Zaragoza, quiso ver á la portentosa reclusa, de quien se contaban extraños prodigios. Háblóle dentro de su retiro, y desde aquel día trabó con ella no interrumpida correspondencia acerca de los asuntos del Estado. Convirtiéndose la humilde monja en consejero: escribale el Rey en un pliego doblado á lo largo ocupando un lado solo y dejando el otro en blanco para que lo llenase María: veintidós años (1643-1665) duró este epistolar comercio. Existen los originales autógrafos en la Biblioteca Nacional, según nos dice el P. Fidel Fita, quien los ha visto allí y está en hacer de ellos una edición correctísima. Ojalá no pasen muchos años sin que lo logre.

Veinticinco de edad, á lo sumo, contaría María de Jesús cuando comenzó á concebir la idea de la obra capital de su vida, el libro intitulado *Mística Ciudad de Dios* (15). Dos veces la obligó un confesor indiscreto á quemar las páginas que llevaba trazadas, y otras dos un varón docto y de levantadas miras volvió á poner en manos de la escritora la gallarda pluma. María de Agreda merece figurar entre nuestros clásicos por la limpieza, fuerza y elegancia de la dicción; entre

nuestros teólogos por la copia y alteza de la doctrina; entre nuestros filósofos por la lógica profunda y el vigor mental. En su tiempo anduvieron confusos y maravillados sabios obispos y graves doctores, sin atinar cómo una hembra falta de estudios, á quien sirviera de escuela la contemplación tan sólo, podía seguir con firme paso las huellas de santo Tomás y de Escoto, especular sutil y hondamente acerca de elevadísimos misterios, interpretar con feliz novedad las Escrituras, y todo ello ignorándose de dónde brotasen las fuentes de su ciencia, por lo que hubieron de creerla infusa y sobrenatural, considerando á María iluminada por luz divina y extraordinaria (16).

De bien diversa índole es el talento de sor María de la Antigua, clarisa lega del convento de Marchena. Si en la Venerable de Agreda admiramos un entendimiento y razón varoniles, en María de la Antigua, espíritu formado en moldes teresianos, domina el amor. De origen portugués, tiene esta escritora lozanísima imaginación meridional, alma tierna y sensible, estilo fácil, candoroso, dulce y encendido. Por asemejarse en un todo á la gran carmelita, confiesa que en sus primeros años se volvió distraída y fría en la devoción, á despecho de los arrebatos místicos experimentados en su peregrina niñez. Cuando María de la Antigua se siente oprimida y ahogada por las ansias del afecto, de prosista se trueca en poetisa, y derrama su corazón en romances sencillos y fluidos, sembrados á veces de rasgos patéticos y felices. El sentimiento estético es tan natural en María de la Antigua, que para dirigirse á Jesucristo, acuden á sus labios las frases más bellas de la Esposa de los Cantares: su oración favorita es el *Magnificat*; sus visiones mismas presentan un colorido dantesco. Enamorada de

Cristo, pasa con él deleitosos y suavísimos coloquios : y para explicar la terneza femenil de su cariño, dice con delicado concepto : — « Si naciera yo antes que Dios se hiciera hombre, yo le temiera como á Señor, mas no me regalara con él : porque todo lo que en él amo, es lo que de mi naturaleza conozco. » — Un rígido teólogo podrá encontrar en esta frase algo que tildar, y aun inucho; pero el amor tiene un timbre especial y su lenguaje propio, que rectifica la inexactitud de la palabra, y pone en claro el verdadero vuelo del pensamiento. — Ninguna de las dulzuras de la Mistica falta en los escritos de María de la Antigua : calor, vida y sentimiento circulan por su libro, análisis autobiográfico del rico corazón de la autora (17).

Por nacidas en nuestra patria no debemos echar en olvido á Ana de Cristo (18), que dejó inéditas sus *Meditaciones* sobre lugares de la Escritura; á Jerónima de la Asunción (19), celosa propugnadora de la Inmaculada, que escribió en prosa y verso con igual soltura y afluencia; á Magdalena de la Cruz (20), autora de un largo y erudito tratado de la *Oración mental*. Todas estas mujeres doctas é inspiradas, cuyas obras por ventura duermen desconocidas entre el polvo de rancias bibliotecas, ó murieron antes de ver la luz, aniquiladas por el descuido ó enterradas por la modestia, son no obstante gloria del régimen monástico, que despertaba en la mujer aficiones tan elevadas, y monumento de la historia literaria de España, que atesora riquezas incalculables ocultas aún, por culpa de la apatía de nuestro carácter y de la perdularia negligencia con que manejamos nuestra hacienda intelectual.

Podemos agregar á estas escritoras hispano-franciscanas otra cuya personalidad es discutidísima en

nuestros días, cuyo nombre anda mezclado con la historia contemporánea española. Mencionaremos á la concepcionista María de los Dolores Quiroga, conocida por sor Patrocinio, á causa del *Ejercicio* que en honra de la Virgen del Olvido escribió : libro piadoso, no despreciable por su forma fácil y elocuente. Cuanto al carácter y vida de la célebre monja, indiscreción sería tocar algo que á tal asunto se refriese, ni pararse en sitio donde amontonó cenizas el fuego de las políticas pasiones, careciendo de los datos y exactas noticias indispensables para discernir la verdad. De nuestros días es también la notable historiadora irlandesa María Francisca, del convento de Kenmere.

En el siglo de la Venerable de Agreda contó la Orden franciscana con una mujer española, del ilustre linaje de los Hurtados de Mendoza, sor Jerónima, abadesa de las Concepcionistas de Priego, que vivió fuera de sí, transportada de amor y espirituales deliquios (21). Jerónima de Priego, al narrar su vida interior, es persuasiva y tiene la gracia del estilo que se origina de la espontaneidad. Nació, como Francisco, en un pesebre; y en los primeros ejercicios de su dura penitencia, veía con los ojos del alma á Francisco que la exhortaba sonriendo á poner el hombro á la Cruz. Algún tiempo fué confesor de Jerónima el sabio cronista de la Orden franciscana, Cornejo.

Pero á más andar nos hemos desviado del siglo XIII, entretenidos espigando por el campo fecundo que regaron con llanto y sangre Clara é Inés. Tornemos ya á los principios de la Orden. Si bien nacieron las Clarisas como retoño gemelo de la religión franciscana, procuró Francisco cerrar la puerta á la malicia del mundo, estableciendo el debido aislamiento y aun desaprobando el nombre de *Minoritas*, que solían tomar

las comunidades de mujeres sujetas á la regla de Clara. Las monjas, pobres é incapacitadas por su sexo para implorar la caridad tan eficazmente como los frailes, esperaban de éstos la provisión del sustento necesario; mas Francisco, cuando salió de Italia con ánimo de ganar en Siria la palma de mártir, dejó expreso encargo al cardenal protector de la Orden de que sus frailes no se familiarizasen ni mostrasen pródigos de ayuda y visitas con los monasterios de mujeres. Ya fuese que entendiera Francisco que el Dios que mantiene los pajarillos no deja morir de hambre á las reclusas; ya que temiese, más que todo, los graves peligros que el trato entre los dos sexos origina, ello es que le congojaba mucho el cargo de mirar por las monjas. — « Temo — solía decir — que habiéndonos Dios quitado esposas, nos dió el diablo hermanas (22). » — Hizo chápuzarse en río casi helado, en el rigor de la estacion invernal, á un fraile que había visitado en San Damián á una parienta reclusa. Por efecto de este afán que mostró Francisco en evitar riesgos á sus hijos, encargóse el cardenal Hugolino de la dirección de la Orden. Nombráronse visitadores, eligiendo varones de pura fama y limpias costumbres. Fray Felipe Longo fué el segundo. Á los doce años de la fundación de las Clarisas, redactó Francisco la regla austera y admirable que observaron: y después concedió á los deseos de Clara la carta que sella la unión de la Orden Primera con la Segunda (23).

En la Tercera, cuyo inmenso influjo y utilidad social conocemos ya, tenían cabida los dos sexos: y no es mucho que las mujeres acogiesen con amor una institución que sin apartarlas del hogar ni de los deberes que impone la naturaleza, antes ayudándolas á cumplirlos con mayor puntualidad y zelo, les abría á

la vez caminos de perfección y penitencia. Distinguiéronse siempre las reformas de Francisco — á diferencia de la que predicaban los supersticiosos sectarios del Mediodía — por un carácter de profundo respeto hacia cuanto cimenta y robustece el Estado y la asociación humana. El matrimonio, la familia, los lares domésticos, fueron sagrados para él, que voluntariamente renunciaba á sus goces. Lejos de condenar el lazo conyugal y los que de él se derivan, Francisco quiso santificarlo más aún; lejos de arrastrar á los casados al claustro, puso el claustro y sus méritos en el siglo mismo. Como quiera que el fervor religioso impulsase á bastantes consortes á separarse, tomando el marido el hábito franciscano y la mujer el de las Clarisas, y quedando á veces con esto desamparados los hijuelos y frío el hogar, la Orden Tercera remedió tales inconvenientes, pudiendo desde luego cada casa convertirse en templo, cada alcoba ser casta celda y evangélica morada. Sabemos las condiciones de esta Orden: para nadie ofrecía más atractivos que para la mujer, hecha desde el nacimiento á tener por teatro de sus hazañas y palenque de sus luchas las paredes silenciosas del domicilio. La esposa del primer terciario, Bonadona, se opuso, no obstante, en un principio á la liberalidad de su esposo, impulsada por el espíritu práctico que domina en las matronas y suele degenerar en mezquina economía; pero ablandóse después su corazón, y emuló á Luquesio en buenas obras. Mas nadie representó mejor el fin humanitario y fecundo de la Orden Tercera que las dos nobles criaturas Viridiana y Humiliana. Nacidas ambas en el suelo florentino, combatieron la avaricia, la codicia, el ansia de riquezas, vicios capitales de los pueblos donde el comercio desarrolla la prosperidad material